

¿ADIÓS A BARBADOS?

(Reflexiones con base en mi participación en el seminario internacional sobre “La investigación social colaborativa-comprometida en América Latina”, Universidad Católica (sede Esmeraldas)/FLACSO, Quito, Ecuador, 18-19 de enero de 2017)

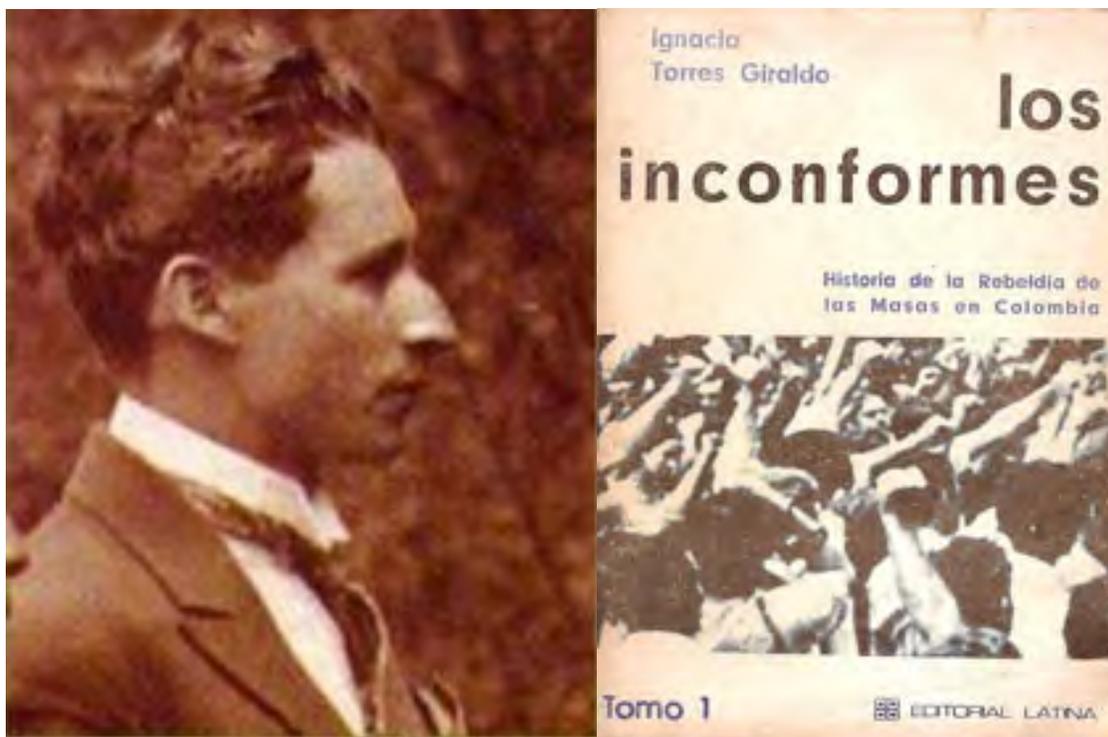
De un tiempo acá se está volviendo moda en los círculos académicos hablar de la investigación social colaborativa y/o comprometida, como si esta fuera algo que “por naturaleza” corresponde tratar precisamente a las academias. Por lo general, esta visión conduce a que todo se convierta en hablar y hablar y en hacer declaraciones rimbombantes, que se quedan en el papel y/o en los discursos, pero que no producen ningún cambio en la realidad. Así, los academicistas terminan por “secuestrar” el tema, con un objetivo, como se dice en *El Gatopardo* de Lampedusa, “si queremos que todo siga como está, necesitamos que todo cambie”. Olvidando, incluso, el mandamiento de la Primera Declaración de Barbados (1971), que tanto citan: “los antropólogos tienen la obligación de aprovechar todas las coyunturas que se presenten dentro del actual sistema para actuar en favor de las comunidades indígenas. Cumple al antropólogo denunciar por todos los medios los casos de genocidio y las prácticas conducentes al etnocidio”.

Este “secuestro” ha venido generando algunas metodologías, como aquella de trabajar con los funcionarios de ONGs, fundaciones (extranjeras, de preferencia) y organizaciones populares, como si ellos fueran los sectores populares, cuando en realidad se han hecho intelectuales, pares de los investigadores, cuyo producto son (así los indios de ONGs y universidades, que ya poco o nada tienen que ver con las comunidades, ni viven en o con ellas, pero que de sus genitores han tomado los discursos “correctos”), y con el fin de servir a dichas entidades y personajes. O la de visitar las poblaciones sedes de las organizaciones populares locales o regionales, para leer los documentos que guardan en sus archivos y entrevistar a sus funcionarios.

Pero no es a estos medios de académicos a quienes quiero referirme.

En Colombia, algunos cambios en la orientación de los estudios sobre la sociedad se han dado a partir de dos fundamentos: el político y el académico. Las primeras transformaciones que han ocurrido no se originaron, por supuesto, en la academia, sino que partieron clara y firmemente de la lucha y la intención política, durante los años 20, 30 y 40 del siglo pasado. Mencionaré aquí a dos de los pioneros en este reenfoque, contemporáneos entre sí: Ignacio Torres Giraldo y Manuel Quintín Lame, quienes coincidieron en la fundación de la primera central sindical de carácter nacional en Colombia, en 1935.

Ignacio Torres Giraldo, hijo de campesinos colonos, que se convirtió en obrero y sindicalista, modificó profundamente el enfoque de la investigación social, en especial con sus trabajos y publicaciones sobre el pueblo como sujeto de la historia colombiana, sobre todo en relación con la cuestión campesina y la cuestión nacional, esta última en torno al llamado problema indígena. Su obra fundamental en 5 tomos: “Los inconformes. Historia de la rebeldía de las masas en Colombia” (1966) significa la culminación de su propósito: hacer investigación social al servicio del pueblo y para la revolución.



Este nuevo enfoque no parte de reflexiones académicas acerca del papel de las ciencias sociales en relación con las problemáticas y luchas de los

distintos sectores populares, ni tampoco de una autocrítica de esas ciencias respecto de sus teorías y metodologías, sino que se fundamenta en una orientación netamente política.

Torres Giraldo se hizo revolucionario desde los años 20 del siglo pasado y, además, fue importante dirigente político de izquierda, cuya actividad estaba ligada a la organización y luchas populares. Sus bases teóricas no hay que buscarlas en las ciencias sociales sino en el marxismo, en el materialismo histórico. Las entrañas de su método se encuentran en las formas de trabajo político que se desplegaban entonces para movilizar a los distintos sectores del pueblo.

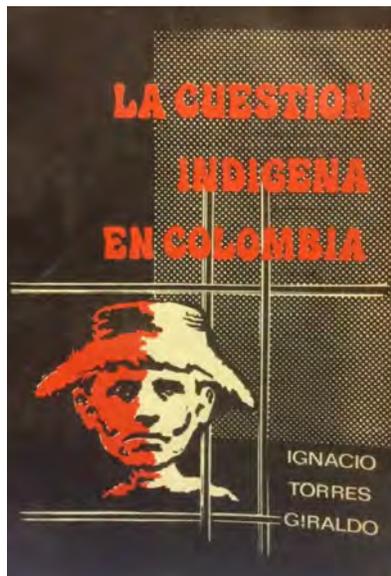
Acerca de su trabajo, Torres Giraldo expresó en “Los Inconformes”: “Hemos optado por presentar al pueblo llano en escena, en forma que los lectores puedan ver y estimar la rebeldía en acción. Naturalmente, damos al movimiento obrero el lugar que se merece en la historia”.

“Es, además de todo eso y por encima de una cuestión de método, la idea de interesar a los lectores en la substancia dialéctica del pensamiento que, sin ser tesis, pasa por esta obra uniendo los eslabones en la cadena de los acontecimientos, al través de los procesos del desarrollo de la sociedad colombiana” (subrayado mío).

Y continúa, mostrando que tiene muy clara la diferencia entre su trabajo y el de los académicos: “No se ha publicado hasta la fecha una obra de historia, en nuestro país, escrita con el criterio de la clase de los proletarios. Por consiguiente, a quienes están habituados a leer — a veces por deleitarse— a los eximios académicos obligados a mantener determinadas conveniencias en el alud de aristocráticas tradiciones, han de parecerles extraños nuestros juicios sobre las personas y las cosas que tratamos”.

En la introducción de su libro “La cuestión indígena en Colombia”, escribe: “El objeto del presente libro consiste en sacar la cuestión indígena del terreno contemplativo, de la fronda literaria puramente especulativa, del intelectualismo abstracto y de la simple añoranza sentimental. Sacar la cuestión al campo del estudio, del análisis metodológico de acuerdo con los procesos históricos de los pueblos para darle plano de actualidad, categoría de cosa real y sobre todo importancia de problema ligado con el progreso colombiano. Puede ser que parezca desafinado este libro en los medios académicos, en los laboratorios etnológicos y naturalmente en la pléyade de

cantores indigenistas que prefieren el arrullo de hoja y de río que tienen las leyendas aborígenes al crudo análisis de la realidad histórica”.



No sobra señalar un cierto paralelismo entre la vida y acción de Torres Girado y la del peruano José Carlos Mariátegui, de origen popular y autodidacta como él, dos de cuyos famosos “Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana” versan sobre la cuestión indígena y sobre la cuestión campesina y el problema de la tierra. Y, como él, fundador del partido socialista, comunista luego, y secretario general del mismo; todo ellos en los años 20 y comienzos de los 30.



El terrajero indígena páez Manuel Quintín Lame, educado, como él mismo dice “en las selvas colombianas”, desarrolló lo que he llamado un “pensamiento de liberación” indígena. Para ello creó un amplio cuerpo teórico que derivaba de su acción y, a la vez, la sustentaba. Uno de sus principios claves es la idea de que, en Colombia, la ley es ilegal, es “subversiva”, porque trastoca el orden natural de las cosas, orden que establece que las tierras deben ser de quienes las han ocupado y trabajado desde siempre. Al entender que el camino legal no constituye solución para los problemas de los indios, comienza a transformar su pensamiento, primero, al orientar su lucha a terminar con el terraje y, posteriormente, al proponer como finalidad de ella la liberación de los indígenas. Los conceptos de “invasión” y “usurpación” basan esta idea, puesto que son los blancos quienes invadieron a los indígenas y usurparon sus tierras, pero ley, jueces, abogados, tribunales, policía y todo el aparato legal protegen a los usurpadores, de ahí que sean ilegales y subversivos.



Según nos cuenta en su libro “Los pensamientos del indio que se educó dentro de las selvas colombianas”, su academia fueron “las selvas que lo vieron nacer, se crió y educó debajo de ellas como se educan las aves para cantar, y se preparan los polluelos batiendo sus plumas para volar desafiando el infinito para mañana cruzarlo y con una extraordinaria inteligencia muestran entre sí el semblante de amoroso cariño para tornar el

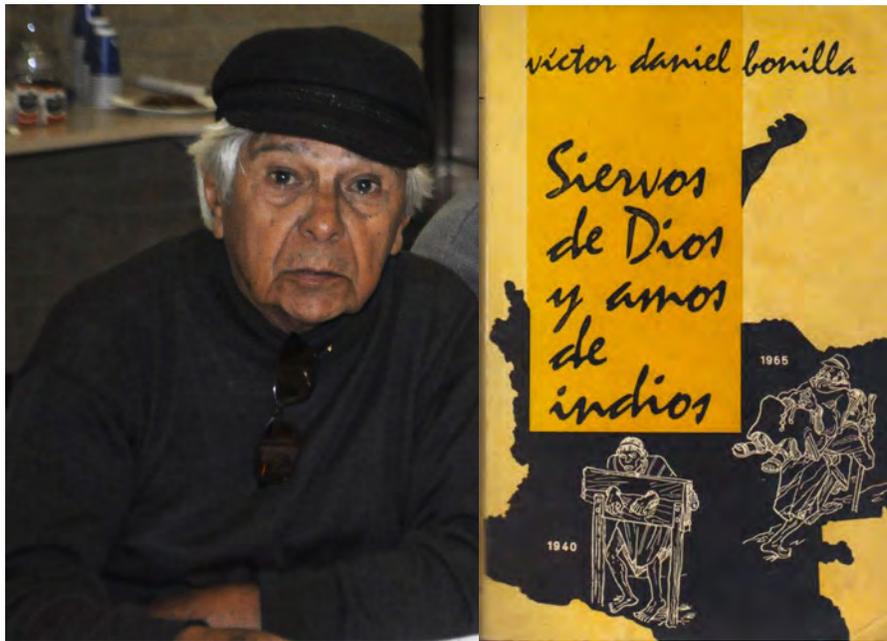
vuelo, el macho y la hembra, para hacer uso de la sabiduría que la misma Naturaleza nos ha enseñado, porque ahí en ese bosque solitario se encuentra el Libro de los Amores, el libro de la Filosofía; porque ahí está la verdadera poesía, la verdadera filosofía y la verdadera Literatura”.



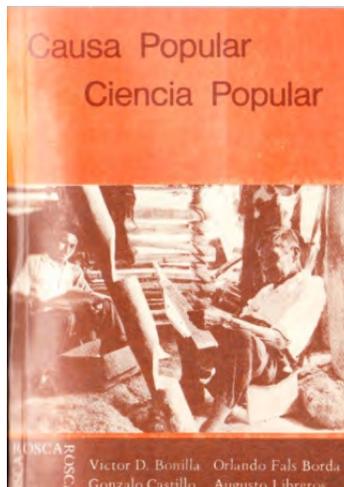
Desde fuera de la academia surgen las investigaciones de Víctor Daniel Bonilla Sandoval, en los años 60, sobre la relación terratenientes-campesinos y los proyectos de reforma agraria adelantados por el INCORA (Instituto Colombiano de Reforma Agraria) en esos años, trabajos conocidos en la revista Tierra de ese instituto.

Su obra más importante de entonces “Siervos de dios y amos de indios” (1968), muestra y denuncia la acción de explotación, dominación, sumisión y negación cultural de los misioneros capuchinos sobre los indígenas Kamëntšá e Inga ubicados en el Valle de Sibundoy; obra que desempeñó un papel fundamental en la reforma del Concordato entre el estado colombiano y el Vaticano en 1973, y en la posterior salida de los capuchinos del Valle

de Sibundoy y la devolución de las tierras usurpadas por la misión a los indígenas.



A comienzos de los años 70, Bonilla se relaciona con Augusto Libreros, Carlos Castillo y Orlando Fals Borda (pastores protestantes los tres) para crear La Rosca de Investigación y Acción y replantear, ahora sí en un ambiente cercano a la academia, el qué hacer de las ciencias sociales, tomando como base teórica el marxismo, con el fin de que estas puedan servir a las luchas populares. En el pequeño libro (78 páginas) “Causa popular, ciencia popular. Una metodología del conocimiento científico a través de la acción”, aparecen por primera vez, en 1972, los principios de la Investigación Acción Participativa (IAP) y de la Investigación Militante.



Proveniente de la academia, que abandonó y en donde había sido alumno de Fals Borda, el sociólogo Alfredo Molano cuenta, en una entrevista que le hizo Myriam Bautista en El Espectador (agosto de 2009): “debía hacer mi tesis sobre la renta de la tierra. Pronto me encaminé hacia otra parte. Por un lado, iban mis intenciones teóricas y académicas, y por el otro, lo que la gente me decía, me sigue diciendo, sin aburrirme un solo minuto. Abandoné la vaina teórica. Dos historias: la de un colono y la de un empresario, me fascinaron. Las transcribí, les hice un contexto con base en información secundaria y esa fue mi tesis. Mi director, Daniel Pécaut, no estuvo de acuerdo, discutimos muchas veces sobre el trabajo y su pregunta era, sigue siendo y será: qué de lo que le presentaba era mío y qué era inventado. No fue capaz de tomar una decisión.... me pidió que repitiera el trabajo.... Y me descasé de Daniel, de la academia y me fui para lo que considero lo real, lo verdadero, lo que permite expresar el espíritu de lo que siento y quiero: comencé a escribir” (subrayado mío).



En 1985, Molano publica: “Los años del tropel. Crónicas de la violencia”. Con él, propone que cierta clase de descripción puede comunicar la explicación de un modo menos abstracto que los discursos de los académicos y, por ello, en forma más clara y útil. En esta serie de relatos biográficos sus personajes, las relaciones de los mismos y los sucesos de sus vidas dejan de ser individuales y se hacen seres y momentos “típicos”, “que condensan”, que reúnen las “cualidades” y “caracteres” necesarios para que las descripciones de sus vidas nos muestren la realidad, nos la hagan ver de una manera diferente. Como ninguna vida individual, ningún personaje concreto contiene todo lo necesario, es necesario reinventarlos. Escoger aquel que es clave, que revela mejor la esencia de la realidad, y completarlo, imputándole los hechos y cualidades de otros, e, incluso, hechos y cualidades que se hace necesario “inventar”. Son pues personajes

construidos con base en la materia prima que suministra la vida, bajo la guía del análisis, de la interpretación, del ejercicio teórico.

Este método, llamado de imputación es una propuesta de solución al falso antagonismo irreductible que el discurso científico occidental y el racionalismo han levantado entre descripción y explicación, entre contenido y forma, entre apariencia y esencia.

Los solidarios

Impulsados principalmente por Víctor Daniel Bonilla, surgen en distintos lugares (Medellín, Cali, Pasto, Bogotá, Pereira, Yumbo, Zipaquirá, etc.) los Comités de Solidaridad con las Luchas Indígenas, grupos que, aunque algunos de sus integrantes presentan alguna vinculación con la academia, tienen un claro propósito político, colaborar en el éxito de las luchas que libran los indígenas en diversos sitios del país, Cauca y Nariño principalmente. Dos de sus planteamientos fundamentales son que para que sus propósitos tengan éxito es necesario conocer a los indígenas y para ello es necesaria la investigación, y que la solidaridad no es solamente dar, sino que debe ser de doble vía.



Víctor Daniel Bonilla y el dirigente guambiano taita Ricardo Tunubalá

La “Historia política de los paeces” y el nacimiento de los mapas parlantes.
(Este aparte sobre los mapas parlantes ha sido tomado casi todo y con pocos cambios de mi artículo “Lucha indígena en el Cauca y mapas parlantes”, publicado en mi página web: www.luguiva.net).

Precisamente, el origen de los mapas parlantes está en el mandato que los mayores del resguardo de Jambaló dieron al solidario Víctor Daniel Bonilla para hacer una cartilla que permitiera a los jóvenes entender la violencia que sufrían en ese momento. En criterio de aquellos mayores, esa violencia era la misma de la conquista, prolongada a través de la colonia y de toda la república; es decir, en conclusión, que la conquista no había terminado todavía.

El resultado inicial fue una cartilla escrita en castellano, impresa en mimeógrafo y screen, y titulada *“Historia Política de los Paeces”*.



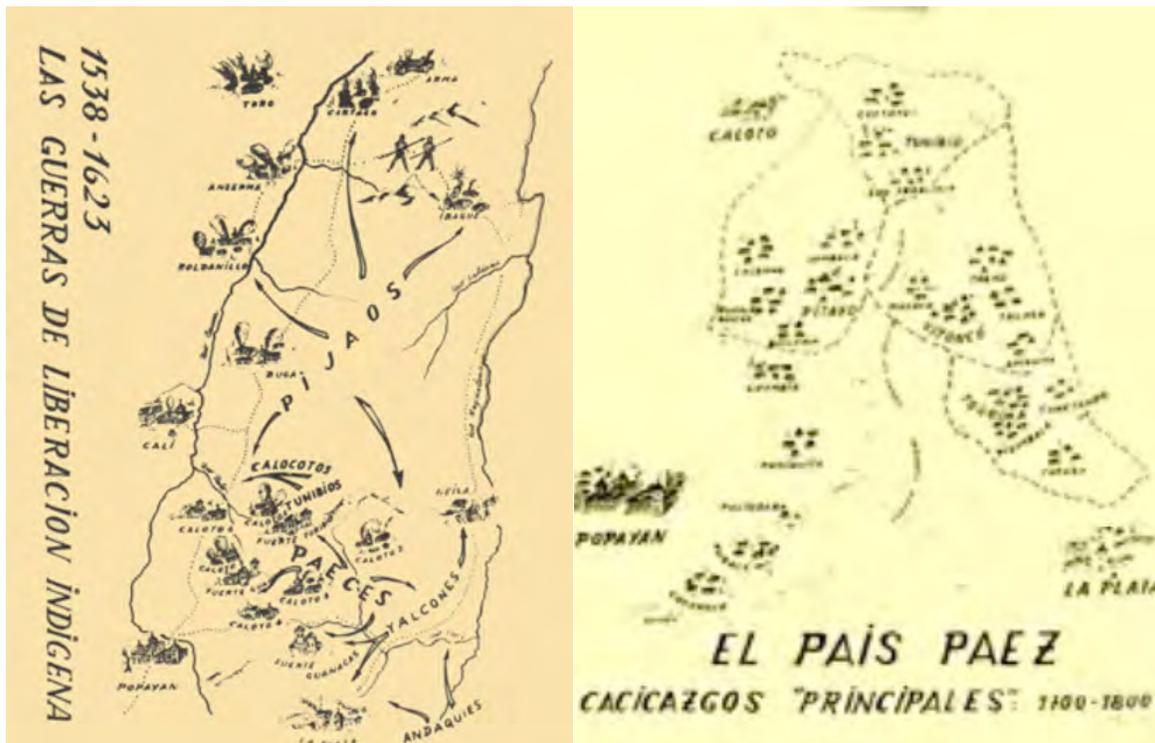
En el momento de su aparición, para no hablar de su contenido, el mero título fue como una bomba que estremeció los medios intelectuales relacionados con el movimiento indígena y a los historiadores de la academia, pero también a los dirigentes del Consejo Regional Indígena del Cauca (CRIC). En ese entonces no se aceptaba que los indios tuvieran una historia propia. Y mucho menos que tuvieran una política, ni que la hubieran tenido en el pasado. Incluso, durante un buen tiempo, los dirigentes del CRIC y sus colaboradores afirmaron que el movimiento indígena era de carácter gremial y por lo tanto sus reivindicaciones eran también gremiales.

Este escrito dejó en claro que el movimiento del proceso de conocimiento indígena, al contrario de como ocurre mayoritariamente entre nosotros, en

especial en los medios académicos donde reina poderosa la división social entre el trabajo intelectual y el trabajo manual, entre la contemplación del objeto y su transformación, “no sólo tiene una dimensión mental (es un pensamiento), sino la de un actuar social” (Bonilla y Findji, 1986: 15).

La cartilla, el número 4 de una serie de documentos vinculados con la lucha, se imprimió y se entregó a los mayores paeces de Jambaló para su trabajo.

Para ubicar territorialmente las acciones de los antepasados de los paeces, la cartilla incluyó dos mapas, que se imprimieron detrás de la carátula y en la contraportada, respectivamente, llamados: “Las guerras de liberación indígena” y “El país paez”. Ambos mapas están fundados en un principio básico de la concepción de los paeces y guambianos del Cauca: que la historia está contenida, impresa en el territorio.



Poco más de un año después, los mayores de Jambaló regresaron para solicitar nuevos ejemplares de los dos mapas, pero que fueran más grandes y estuvieran protegidos contra la humedad y el polvo, pues, según contaron, era lo único que habían utilizado de la cartilla; el resto era el texto escrito en castellano y la enorme mayoría de los paeces era analfabeta. Con esos mapas, los dirigentes habían motivado y fortalecido la conciencia de la gente acerca de su capacidad de lucha y de su propiedad sobre las tierras

que estaban recuperando y, a la vez, habían encontrado y planteado acciones tendientes a su solución; por último, los habían empleado para probar dicha propiedad ante las autoridades que acudían a desalojarlos, como jueces y policías, que en ocasiones optaban por retirarse ante la simple vista de los mapas.

Hablando con ellos, Bonilla propuso, entonces, que la solución al problema del acceso de los comuneros a los contenidos de la cartilla era transformar los puntos centrales de la misma en dibujos, elaborados conjuntamente con grupos de paeces de distintas comunidades.

Después de discutir en forma amplia con los comuneros, sus mayores y dirigentes cada uno de los contenidos de la cartilla, se determinó cuáles eran las escenas que podían mostrarlos y explicarlos de la mejor manera, para luego dibujar cada una de ellas. El dibujo implicó también una amplia discusión e investigación sobre los detalles de cada una de las figuras, para luego realizar su borrador, el cual se llevó de nuevo a discusiones con los paeces y a nuevas investigaciones, para así ir las modificando y mejorando. Nuevas consultas y discusiones tuvieron lugar en el momento de definir la correlación de las diferentes escenas en el conjunto de la composición de cada mural (finalmente resultaron siete de ellos).

Dado que entre los paeces no existía en ese entonces quién se hiciera cargo de los dibujos, dos solidarios, dibujantes de la Universidad del Valle, graficaron las primeras escenas. Al comienzo, ellos no tenían contacto directo con los indígenas, por lo cual no estaban familiarizados con el paisaje ni con la “geografía” de la región ni, tampoco, con sus rasgos físicos, en especial con los rostros. Se vio, al poco tiempo, la necesidad apremiante de que se acercaran directamente a los indígenas y dejaran de dibujarlos y de dibujar las escenas a través de “intermediarios” (los solidarios que estaban en el campo), que llevaban razones, opiniones y discusiones entre uno y otro grupo.

Cada vez que los dibujos se ponían a discusión con los indígenas, se modificaban, se ampliaban, se relacionaban. Cada uno de los participantes intervenía según sus conocimientos y criterios, que se confrontaban con los de los demás, hasta resultar en un conocimiento común, social, conjunto.

Así, por ejemplo, al trabajar sobre el dibujo de “El país paéz”, los indígenas consideraron que el territorio no es posible sin autoridad, la cual se

introdujo mostrando el bastón de la autoridad de los antiguos caciques, pero tampoco sin gente, por lo tanto se agregó un puño que sostiene la vara. Y, ya bastante adelantado el proceso, se incluyó el llamado “sol de los paeces”.



De ahí que, en una nueva edición de la cartilla, la cubierta mostró la autoridad de los paeces por medio de un mayor de experiencia, como correspondía, que empuña con firmeza su vara de mando; figura que bien podía coincidir con la del cacique Juan Tama, a quien los antropólogos consideraban como un personaje mitológico, pero que los archivos consultados por Bonilla revelaron como real, pues encontró el título colonial de “los cinco pueblos”, (el país páez), otorgado por la corona española a su solicitud, y el testamento-mandato que este cacique dejó a su pueblo.



Los mapas parlantes ponen en discusión y confrontación la historia oral y la del presente, hasta encontrar la conexión entre ambas, el hilo que conduce de la una a la otra y viceversa; cuando esto sucede, la vía del conocimiento está abierta y lleva directamente a la comprensión de las determinaciones esenciales de los problemas actuales y, por ende, a las acciones de lucha que pueden derivar en su solución. No se puede, pues, conocer sin “recordar”, pero tampoco sin “ver”.

De ahí que fue importante comparar a través de dos de estos grandes dibujos murales: “Así era nuestra tierra” y “Bajo la dominación extranjera”, la vida de los habitantes de lo que hoy es el Cauca, anterior a la llegada de los colonizadores españoles, con aquella resultante de la implantación de su dominación y de sus instituciones coloniales.

En la parte inferior del primero de ellos se alcanza a observar la entrada de los conquistadores al Valle de Pubenza, viniendo desde el sur (Ecuador), con los misioneros a la cabeza, y acompañados por indígenas yanaconas, quienes cargan los bultos con comida, ropas y demás menesteres necesarios para los españoles. En su camino iban dejando, como lo relatan los mismos cronistas, “un rastro de pavesas y de sangre”.



En ambos dibujos murales existe un referente espacial de gran importancia, ubicado en el cuadrante inferior izquierdo: la población de Pupayán, que los conquistadores encontraron a su llegada al Valle de Pubenza, sede del cacique Payán, la autoridad mayor; en ella se encontraban depósitos de alimentos, que se distribuían entre la población en las épocas de escasez, acueductos, elaboración de tejidos y otros productos, sitios de intercambio, la gran casa central y sede del cacicazgo, una pirámide artificial levantada con bloques de tierra cocidos al sol, etc. Según los cronistas, de ella salieron cerca de 3.000 hombres armados para enfrentarlos, lo que da una idea de su tamaño y su peso en la región.



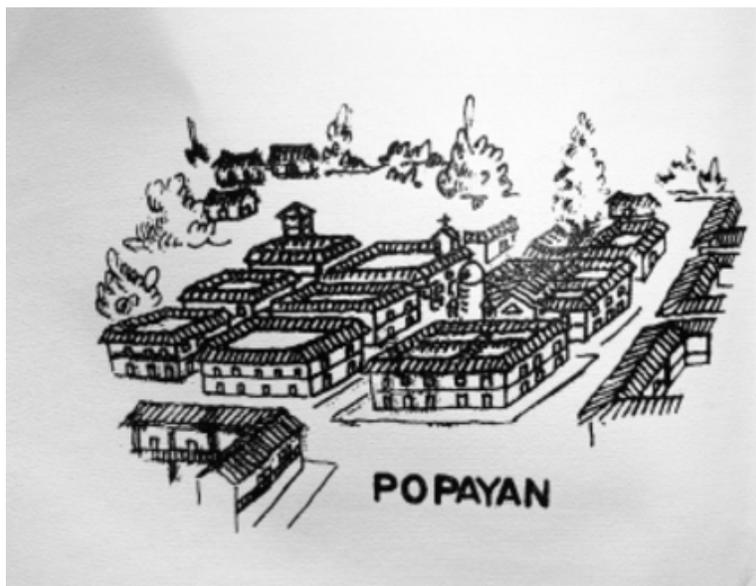
En “Así era nuestra tierra”, Popayán se muestra así:



Los españoles tuvieron que conquistarla por las armas y arrasarla para poder establecer su control. Luego la refundaron para adecuarla a sus necesidades y criterios. Así aparece en el sitio correspondiente del dibujo mural “Bajo la dominación extranjera”:



Y en “El país páez”, Popayán aparece así, como era alrededor de 1700, en la época de Juan Tama:



En una nueva versión de uno de los dos mapas iniciales “Las guerras de liberación indígena”, aparecen dos de los principales dirigentes de esas

luchas, que los historiadores y científicos sociales de antes y de hoy han considerado simplemente como “resistencias” (así las siguen llamando los teóricos y académicos decoloniales), la cacica Gaitana y el cacique Calarcá:



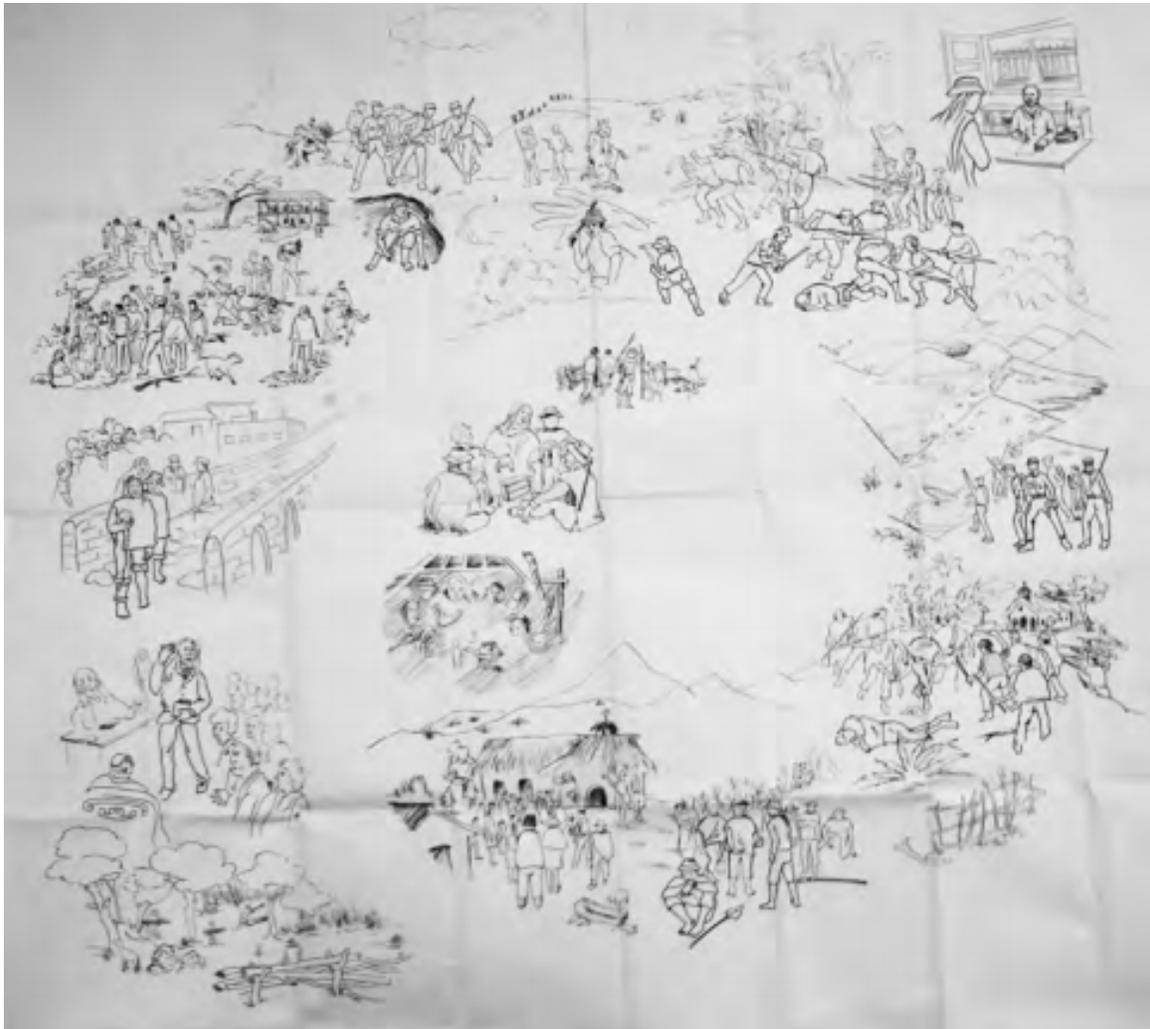
Por entonces se presentaba por la televisión colombiana una serie que pretendía mostrar las luchas de la Gaitana, cuyo papel estaba a cargo de una popular, joven y agraciada actriz colombiana. En cambio, los paeces plantearon que tenía que ser una mayora, pues de otra manera no hubiera podido ser cacica, debido a su poca edad y a la falta de la experiencia que viene con ella. El dibujo se elaboró a partir de fotografías de mayoras, que habían sido tomadas en distintos momentos durante la relación con las comunidades.

Del cacique Calarcá, en cambio, no se tenía ninguna referencia gráfica, por lo cual se trabajó con base en la figura que aparecía en las monedas de 10 centavos, que circulaban en Colombia en esa época, lo que permitía a la gente reconocerlo en las discusiones:



Uno de los mapas que desempeñó un papel clave en el trabajo de esas luchas fue “La Quintinada”, que recoge las luchas de liberación que se libraron en el Cauca bajo la conducción de Manuel Quintín Lame, a quien ya me referí más arriba, y quien decía: “una columna formada por indígenas se levantará el día de mañana para reivindicar sus derechos... y el día llegará cuando el indio colombiano recuperará su trono”.

Aunque la imagen que muestro corresponde solo a un primer borrador sobre papel, quiero destacar algo que sí puede apreciarse con facilidad en ella: su composición. Esta constituye un caracol (espiral, decimos nosotros) que va en sentido contrario a las agujas del reloj y que deja ver la concepción del tiempo de paeces y guambianos: “la historia es un caracol que camina”, que más tarde se mostraría central en los procesos de recuperación de la historia, entre los guambianos, y de la cosmovisión, entre los paeces.



En su actividad política Lame recorrió incansable resguardos y haciendas para reunirse con grupos de terrajeros, comuneros y autoridades de los cabildos, para hacerles ver que esas tierras les pertenecían.

Los indios de hoy todavía recuerdan que, a veces, Quintín Lame llegaba en la noche, después de lograr burlar el asedio de sus perseguidores, para participar en una reunión o visitar algunas casas, clandestinamente, y partía de nuevo antes que llegaran las primeras luces del día, hacia un nuevo destino:



Agrupados frente o alrededor de un mapa, que a veces estaba colgado en la pared de una escuela o en la de un rancho de barro y paja, o estirado en el suelo en medio de un potrero, cuando la represión era más álgida y el ejército, la policía o los pájaros (hombres armados al servicio de los terratenientes, precursores de los actuales paramilitares) estaban más activos, los paeces comenzaban, primero, a reconocer lugares y acontecimientos, luego expresaban sus saberes acerca de los mismos y discutían con entusiasmo y por largo tiempo, hasta que se llegaba al o a los problemas del momento, lo cual activaba las intervenciones, hasta que se llegaba a tomar decisiones sobre qué actividades adelantar en ese instante de la lucha.

Luego de muchos años y cuando las luchas comenzaron a decaer al ritmo de la adopción de otras formas de trabajo, que fueron reemplazando los enfrentamientos, y a medida que el gobierno y demás enemigos fueron lanzando carnadas, como la concertación, la negociación y otras, también eficaces, los mapas se fueron estandarizando y consolidando, agregando mejoras formales, como la iluminación, el uso de colores para resaltarlos, la impresión en screen sobre hules que los hacían resistentes al polvo y al agua, pero en los cuales la pintura se iba desprendiendo con el manejo, en especial si era necesario doblarlos (casi siempre se transportaban enrollados y guardados en tubos de cartón o de PVC; lo que llevó a que, en ocasiones, la policía y el ejército, en las requisas, creyera que se llevaban armas ocultas). Aquí podemos ver el mapa “Cuando nace Colombia” en una de sus

primeras versiones, sobre papel, y su versión coloreada e impresa sobre hule.



En años recientes se ha vuelto costumbre denominar investigación-acción-participativa (IAP) y mapas parlantes a toda forma de trabajo que se hace obteniendo información de la comunidad a través de talleres de distinta índole, en los cuales la gente participa con la realización de dibujos para consignar sus conocimientos, saber que luego es “traducido” a mecanismos mucho más académicos. Por lo general, al menos así se ha dado en Colombia, Perú y Bolivia con la actividad conducida por distintas ONGs; estos dibujos han sido elementos a partir de los cuales dichas fundaciones organizan su trabajo y planifican sus actividades. Cosa muy diferente de aquella que en su momento constituyó la metodología de los mapas parlantes.

Ya los integrantes de La Rosca habían planteado la posibilidad de que la investigación-acción-participante fuera recuperada por el sistema, por los gobiernos y por las academias para sus propios fines, muy generalmente contrarios a los de los sectores populares. Es claro que el potencial y el papel de las mencionadas formas de trabajo popular radica en su inserción en la organización y la lucha de estos sectores. Es decir, que se trata de

una metodología y unos instrumentos que salen de la lucha popular, que se crean y desarrollan desde ella y que a ella sirven. Y que, por tanto, son importantes en el posicionamiento de tales sectores como sujetos históricos y políticos.

En Bolivia, los mapas parlantes se emplean para ubicar el conocimiento de los recursos naturales sobre un espacio territorial dado, generalmente al nivel de veredas o pequeñas comunidades, mapas que luego son explicados a otras comunidades, como se haría con cualquier mapa escolar, en los "concursos" que se realizan para tal efecto, como en estos casos:



Al contrario, el lugar de los mapas parlantes es el de la lucha de clases, y en particular la participación del indio en ella; el de las discusiones sobre el papel de la academia en ocultar o disimular las contradicciones de clase; el del papel histórico de las comunidades, no como reproductoras de mandatos externos (gobiernos, ONG's y otros actores), sino como protagonistas de la historia; en ese contexto, los mapas parlantes tienen un papel como instrumentos de lucha, como educadores y movilizadores políticos, es decir, como herramientas para abrir la conciencia de las poblaciones indígenas y potenciar su fuerza para la lucha, para permitirles analizar, comprender y realizar acciones para la solución de los problemas vinculados con ella.

Hacer lo contrario constituye una desnaturalización de sus bases esenciales, que se fundan en el *para qué* y *para quiénes* se deben emplear, apegándose al uso formal de algunos elementos de ellas, en especial la participación popular a través de talleres y dibujos. Como resultado, se llega a la tergiversación de conceptos claves, como los de territorio y política y lucha indígena, y en el establecimiento de nuevas formas de control sobre las comunidades. Además, dando lugar a una fosilización de la metodología, que muere y se paraliza en los dibujos ya terminados.

Los mapas parlantes, tanto en Colombia como en otros países de América Latina han sufrido inútiles intentos de recuperación por parte de los agentes de los gobiernos, de las ONGs y de las fundaciones, que los han convertido en simples imágenes, dibujadas por la gente en talleres, y que posteriormente se emplean para que alguien los utilice como ilustración de sus explicaciones ante auditorios diversos.

Veamos estos dos ejemplos del Perú, cuyas imágenes, como las anteriores de Bolivia, son tomadas de las páginas correspondientes en Internet:



Así ocurre también con algunas experiencias del llamado mapeo participativo, por medio del cual se recogen y ubican con exactitud (con el uso del GPS y mapas cartesianos) los conocimientos comunitarios sobre recursos de la biodiversidad, ahora muy apetecidos por las empresas transnacionales, conocimientos que, además, se suele hacer circular por Internet, a disposición de tales empresas.



Al contrario, lo que he planteado sobre la metodología de los mapas parlantes y las concepciones que están en la base de su surgimiento y utilización en las luchas indígenas del suroccidente colombiano, permite prever que esta herramienta tiene amplias posibilidades de jugar un papel

importante en las luchas de otros sectores populares, y no solamente las de los indios, que tienen problemáticas semejantes, como las de defender o recuperar sus territorios y recursos, y presentan formas de conocimiento y abstracción similares a las de aquellos. Con su empleo podrían encontrarse nuevas formas de recuperación de la memoria colectiva, para ponerla al servicio de las luchas actuales de esos sectores.

Otros trabajos solidarios

Dumer Mamián, solidario de Nariño, con su texto “La danza del espacio, el tiempo y el poder en los Andes del sur de Colombia” nos da una visión de la historia desde adentro de la vida y la lucha de las comunidades de los resguardos indígenas, una visión que logra explicar los hechos, las vivencias, los acontecimientos en su relación, en su transcurso, en su conformación y desarrollo, en sus resultados. Es decir, una visión de que esta historia sí es historia, que la matriz al moldear, al troquelar, se modifica y fluye.



El texto recoge resultados de décadas de trabajo solidario con pastos, cumbales, quillacingas y otros indígenas de Nariño y retoma las formas de expresión y pensamiento propias de esas sociedades, en las cuales las historias propias que vienen de años y años son esenciales. Este texto ha sido clave para que estas asuman cada vez con más vigor su propia historia y los relatos de los anteriores que la conforman. Cabe destacar el tratamiento que Dumer da a la historia propia, central en su trabajo, “Las

dos perdices”, una blanca y otra negra, cuyo enfrentamiento da origen al territorio, y que han cobrado nueva relevancia en la vida indígena; así lo muestran las fotos de Natahly Granados de un mural pintado en la casa de la Asociación Shaquiñán (2010) y de una mochila expuesta en un Encuentro de Tejidos Ancestrales (2012):



En 1999, desde su posición política revolucionaria, la socióloga Janneth Galeano Corredor, lanza el documento: “La investigación social: ¿para quién?, ¿para qué?, ¿cómo?”, preguntas que constituyen hoy, casi 20 años después, el eje central de las reflexiones “novedosas” que se hacen en la obra académica en tres volúmenes: “Prácticas otras de conocimiento(s). Entre crisis, entre guerras”, recientemente publicada en México bajo la coordinación de la profesora Xochitl Leyva. Por supuesto, las diferencias entre los puntos de partida de ambos cuestionamientos, la política en el caso de Janneth, la academia en el de los tres tomos, inciden en las respuestas que se dan a esas tres preguntas y, en especial, a la que tiene que ver con el cómo, es decir, con la metodología.

Cinco años más tarde, Janneth Galeano, escribe su trabajo de investigación “Experiencia como docente en un colegio privado de convenio de Ciudad Bolívar, Bogotá. Reflexiones sobre políticas educativas y la realidad académica de los jóvenes populares dentro del contexto de la globalización”, en la cual avanza en resolver dialécticamente la ruptura mecanicista entre: 1) práctica y teoría, 2) vida material y mundo ideal y 3) sentido común (o conocimiento sensorial) y conocimiento racional (o conceptual).



Siguiendo la metodología de “recoger los conceptos en la vida” bajo la guía del marxismo, dinamiza y desarrolla la llamada “etnografía del aula”, al mostrar que los sectores involucrados en la educación, en especial estudiantes y profesores, son también productores de conocimiento acerca de su vida escolar, el cual expresan a través de una forma particular de conceptos que difieren de aquellos abstractos que se manejan en las formas de teorizar de los académicos, algunos de los cuales dan título a los capítulos que constituyen el nódulo del texto, y que podríamos llamar “conceptos concretos”, pues hacen parte de la vida cotidiana de la escuela.

Ya comenzando la segunda década de este siglo, Nathaly Granados Uribe, estudiante de antropología del Externado, realiza un trabajo que busca la organización de las tejedoras en el Resguardo Indígena de Cumbal, en Nariño. Nathaly, que también es tejedora, adelanta su trabajo participando, al mismo tiempo, en las actividades de las tejedoras “al pie mismo de la guanga (telar)”, como ella lo expresa, y aún tejiendo ella misma bajo la mirada experta y crítica de las mujeres.



Conjuntamente encuentran en el pensamiento de los pastos el soporte necesario para su trabajo. En el escrito que resulta de esa colaboración, “Tejiendo vuelta. El tejido propio en la lucha por la recuperación del pensamiento pasto”, se destacan los conceptos propios *vuelta*, *enseñarse* y *churo*, que son parte esencial de las técnicas del tejido en la guanga y, a la vez, del pensamiento y la vida de los pastos; esto permite desenredar el papel que el tejido juega en la recuperación y afianzamiento de ese pensamiento propio.

Leidy Marcela Bravo, estudiante y profesora de la Universidad Pedagógica Nacional, quien ha trabajado durante ocho años acompañando el trabajo de

etnoeducación de los inga en la Baja Bota Cauca, con quienes ha residido buena parte de ese tiempo, presenta y profundiza el concepto inga de "saber vivir bien ahí" y otros pensamientos/vida a través de la metodología de "cosechar la palabra".

De su trabajo resulta el escrito "*Ugpachisunchi i katichisunchi kilkaikunata* - llevando y trayendo la palabra: Territorio, 'saber vivir ahí' y pensamiento inga", que le sirve para su grado de maestría en estudios sociales, pese a que el jurado tiene dificultades insalvables para "ver", la teoría y el análisis y cree que todo se reduce a un conjunto de anécdotas y experiencias personales de terreno, como había ocurrido ya con el trabajo de grado de Janneth Galeano en la Nacional. "Saber vivir bien ahí" es una noción propia de los Inga, una manera de expresar su relación con el territorio y Leidy Marcela la caracteriza con base en historias de la vida cotidiana de los mayores y mayores inga y con los resultados de los recorridos que efectúa con ellos.





Definitivamente, los académicos están cegados para poder captar que los conceptos de los indígenas son conceptos y, por lo tanto, hacen parte de sistemas teóricos, y que al mismo tiempo son elementos materiales de sus vidas, razón por la cual los he llamado cosas-conceptos, en mi propio trabajo con los guambianos del Cauca, y tienen que ser encontrados y asimilados con la metodología que he denominado “recoger los conceptos en la vida”.

No hace mucho leí un artículo “Antropología y vida en pueblos de Colombia: a propósito de la biocolonialidad y la metodología del palabrear” del doctor colombiano en ciencias sociales Yilson Javier Beltrán Barrera, en el cual propone la metodología del “palabrear” retomada de los murui-muinane, quienes, afirma su artículo, la plantearon a este investigador para que “recogiera sus historias de vida”. Metodología que viene de la actividad de vida que se realiza en el mambeadero, palabrear. En principio, como él lo expone, este palabrear se asemeja a lo que aquí se ha venido mostrando para las metodologías de investigadores solidarios, a las cuales lo adscribe Beltrán, aunque en este caso se trata de un proyecto del Ministerio de Medio Ambiente y el PNUD, con patrocinio del Banco Mundial, llamado CTAB y que declara que busca retomar y proteger los conocimientos tradicionales en biodiversidad de las comunidades; pero es claro que el proyecto que no ha surgido de las comunidades concernidas, sino que ha sido llevado a ellas por quienes lo idearon y patrocinan, lo cual indica su verdadero carácter y sus propósitos reales: se trata de un intento de recuperación de estas

metodologías surgidas de los pueblos, precisamente por parte de aquellas entidades que han sido y son claramente sus enemigos.

Más recientemente, un artículo publicado por la revista Oraloteca, de la Universidad del Magdalena, “¿Por qué campesinos? Una postura crítica desde la antropología” de los profesores Fabio Silva Vallejo y Álvaro Acevedo Merlano, me ha hecho recordar vivamente el libro de Alfredo Molano “Los años del tropel”, al cual me referiré más arriba.



A partir del interrogante sobre quién es un campesino, qué lo caracteriza, los autores se plantean: “hemos sido nosotros los que le hemos asignado esa categoría [la de campesino. LGV] y no hemos permitido que sea él mismo quien se represente; y ese ha sido uno de los grandes abusos de la antropología, representar al otro sin pedirle permiso”.



Y, entonces, callan y dan la palabra a don Julio Alfonso Díaz, un campesino de los montes de María, para que hable de sí mismo, para que se presente y, al hacerlo, lo haga por todos los campesinos colombianos. Y, al hacerlo, dejan de lado toda la palabrería pseudocientífica de los academicistas, toda la verborrea de los posmodernos; y lo hacen sin temor a ser tachados de empirismo. Al contrario, utilizan con determinación metodológica la relación entre descripción y explicación, entre forma y contenido, para terciar definitivamente en la polémica sobre "el problema campesino".

Y nos dice don Julio: “Quisiera compartir con ustedes una experiencia de 65 años que tengo viviendo en el campo, soy un hombre campesino dedicado a la agricultura tradicional, he tenido una vida no muy buena, de pronto porque mi señor me dio una inteligencia por naturaleza, porque académicamente no tengo ninguna preparación; es posible que haya algunas expresiones que no entiendan, porque otro es el lenguaje de las diferentes culturas de la costa atlántica... yo creo que esa misma naturaleza nos llama a que tengamos que ser aquel hombre lleno de conocimiento pero a través de la misma experiencia que hemos vivido”.

Concluyen los autores: “Como bien se comentó al principio, este tipo de discursos pueden ser considerados esencialistas y hasta tachados de clichés, pero creemos que esas esencias son necesarias para reavivar la lucha por el reconocimiento, el valor y la reivindicación del campo, de sus pueblos y de sus gentes, ya que todos y cada uno de nosotros vive y se

alimenta gracias a manos campesinas que han cosechado esa tierra de la que poco a poco nos hemos separado”.

Luchas indígenas en el Ecuador

Quiero expresar aquí toda mi solidaridad, cosa que no fue posible que el seminario hiciera, por razones que desconozco pero que adivino, con la lucha del pueblo shuar arutam de Morona Santiago, que en este momento está siendo perseguido, sus tierras invadidas y militarizadas, sus organizaciones y dirigentes criminalizados, como así nos lo informó en la reunión el profesor Fernando García de FLACSO, Ecuador. Este pueblo, que algún investigador llamó alguna vez bellamente “el pueblo de las cascadas sagradas”, se enfrenta con decisión y firmeza a la expropiación de sus tierras por parte de una empresa minera transnacional, que cuenta con el total apoyo del gobierno ecuatoriano, con el procedimiento que se ha vuelto ya común de que la minera aparece mostrando títulos de propiedad de las tierras milenariamente habitadas por los indígenas.

Para mayor información puede verse un boletín de la organización shuar: <http://www.forosocialpanamazonico.com/wp-content/uploads/2017/01/DESCARGA-PDF-BOLETIN-1-SHUAR-ARUTAM.pdf>

Y también: <https://lalineadefuego.info/2017/01/12/comunicado-del-pueblo-shuar-arutam/>

También mi solidaridad para el pueblo quichwa de tzawata, enfrentado también con una minera transnacional que se ha apoderado de sus tierras con el apoyo armado del gobierno ecuatoriano, tal como nos lo hizo conocer en el seminario uno de sus dirigentes, cuyos enviados ofrecen a los miembros de la comunidad “la maravillosa oportunidad” de que sus hombres sean camareros y sus mujeres cocineras en los proyectos de la minera, que incluyen el turismo ecológico, como puede verse en uno de los videos que ellos han subido a Internet.

Más sobre esta dura pero firme lucha puede encontrarse en: <http://tzawata.blogspot.com.co/p/boletines.html>